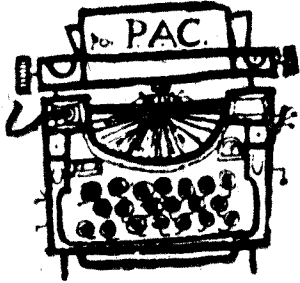


escrito a máquina

Liturgia de Otoño en Primavera



Tanto en el "Canto de Guerra de las Cosas" de Joaquín Pasos:

"Todo se quedó en el tiempo. Todo se quemó (allá lejos",
como en mi "Canto Temporal":

"Es difícil sostener con la yema de los dedos este toldo caído y la gravitación de su impávida (quietud!"

lo que se registra es la primer caída de las hojas. Las primeras hojas pueden caer al leve viento de un tiempo anticipado como en la "Canción de Otoño en Primavera" de Rubén, o por el huracán de una guerra, o por la simple estación de la edad... "Según avanza la vida, ante la perspectiva de la muerte, cuando se llega al límite de las posibilidades, cuando el sol comienza a estar a la espalda, el hombre tiene conciencia dolorosa de la inestabilidad, de la fugacidad de las cosas. El sentimiento de necesidad de salvación se hace más perentorio. Es esa edad que Jung ha fijado hacia los cuarenta años (la edad, precisamente, en que Cristo muere) en donde se produce la gran y definitiva crisis vital. El hombre, entonces, se da cuenta de que no es completamente él. De que no se ha realizado plenamente. De que no ha sido, ni podrá ser, lo que debiera ser".

Es el momento en que el hombre mide la gran distancia —el gran déficit— que hay entre su "proyecto" y su "realización". Los grandes arquetipos de la humanidad han sido creados en ese momento: el hombre imagina, crea, un tipo de hombre que posea, que contenga, lo que él hubiera podido ser, lo que él hubiera querido ser. Es cuando nace Ulises, cuando nace el Quijote, cuando nace el Fausto, cuando Dante —"a mitad del camino de la vida"— escribe su "Divina Comedia": cuando los pueblos se inventan sus arquetipos juntando en un personaje real o imaginario de su historia aquellas ambiciones, sueños, ideales que cuando jóvenes creyeron al alcance de la mano pero que ahora —cuando el viento arranca las hojas al árbol— ven que se les escapan produciendo la melancólica desnudez de la insatisfacción...

"cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer...!"



Una de las tragedias del hombre moderno es que estas lecciones profundas de la vida, estas estaciones y frutos de su agricultura vital, se le pasan inadvertidas en la monotonía de una vida emparedada, mecanizada, vertiginosa y superficial. Si nuestra vivencia de la naturaleza es cada vez más escasa —si hasta la luna, tan omnipresente en el amor, tan cósmicamente alcahueta para el dulce combate de los sexos, está perdiendo su reino y ya va quedando reducida a una científica heroína de astronautas— ¿qué decir del sentimiento del tiempo en este mundo febril, de tarjetas perforadas, en que el hombre, cada hombre, ha tenido que atarse un reloj al brazo (como un enfermo que tiene que estarse midiendo constantemente la presión arterial), enfermo de tiempo, pero ignorante del verdadero tiempo creador y germinador?

Hemos ido vaciando la vida de Vida. Desnaturalizando la Naturaleza. Olvidando el arte de leer sus símbolos. Perdiendo el don de captar lo numinoso del mundo, ese último sentido de la realidad... Hemos perdido la pista de lo sagrado.



Una de las escuelas que aún subsisten para esta educación de la vida profunda, es la liturgia católica. Sin embargo, ¿cuánto se han desvirtuado, falsificado, abandonado —sobre todo en Nicaragua— las facultades de esa universidad popular de Humanismo y de Vida que es la liturgia cristiana! La semana pasada la Iglesia cerró el ciclo juvenil de su liturgia (el tiempo de epifanía, el tiempo auroral abierto por la Navidad) y vistiéndose de color morado, abrió lo que se llama el Tiempo de Septuagésima, que es como un arco de meditación para penetrar al período de Cuaresma.

Es un cambio de estación en lo sagrado que corresponde profundamente a esa etapa de la vida humana —"canción de otoño en primavera"— en la cual el hombre (cuando el sol comienza a estar a la espalda) se da cuenta de que "ser es frustrarse": es decir, que siempre es menos lo realizado que lo proyectado o soñado, que en la raíz del hombre hay una insatisfacción profunda, pero que esa insatisfacción no es razón de desesperanza, sino de Esperanza, porque si mi "yo-realizado" es siempre más corto que mi "yo-proyecto", quiere decir que EN EL HOMBRE HAY MAS QUE EL HOMBRE. Quiere decir que mi realización plena ESPERA otra etapa que

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

no se da en este mundo. Que en mi "yo" hay algo inmortal. Que soy portador de un destino eterno.

Por eso la liturgia cristiana, al abrir el tiempo de Septuagésima, nos invita a volver los ojos atrás y a leer el Génesis. Cuando ya está próxima la Redención —cuando ya está próximo el misterio de la muerte de Cristo (que es también la muerte del hombre)— la liturgia nos propone leer y meditar la vida de Adán, el hombre caído —el frustrado—, el símbolo de la juventud que siempre pierde su paraíso; para que, desde las negras profundidades de la caída del hombre, miremos la luz **DEL QUE HA DE VENIR**. Todos los arquetipos, todos los héroes de la novela y de la leyenda humanas

"todo el mito acumulado por los antiguos hombres, la gran sed de la sangre por volar en mariposa, el intento de la fábula por libar en el lucero, la rebelión de la carne contra el tiempo . . ."

todo el gran desengaño proyectando su esperanza y haciéndose poesía . . . no son más que rastros, huellas, o profecías del gran Deseo que vino a llenar el **DESEADO**: el **ARQUETIPO UNICO**, el Reparador, en el Cual y sólo en el Cual podemos ser lo que debiéramos ser.

PABLO ANTONIO CUADRA